

Imágenes

Democracia y Clase Media

POR LORENZO MEYER

EN estos días en que todos los precandidatos del PRI a la Presidencia han decidido emplear hasta el exceso el término "democracia" (y cuando los críticos de dentro y de fuera del partido dominante insisten en que el ideal democrático está tan lejano como siempre), es un buen momento para retornar a un tema que inició hace algunas semanas: ¿qué significa entre nosotros el término democracia política?

En aquella ocasión hice algunas consideraciones sobre las actitudes de la élite política y de los grandes empresarios, en torno a la democracia. Los primeros siguen fieles a su tradición autoritaria y resisten, hasta donde pueden hacerlo sin peligro, las presiones democratizadoras.

★

EN contraste, algunos de los hombres del capital son conversos recientes al credo democrático por obra y gracia de Luis Echeverría y José López Portillo. En efecto, ambos presidentes les dieron a los empresarios tamaño susto reactivando las tradiciones populistas y expropiatorias del régimen —ambas fueron la esencia del cardenismo—, que aún no se reponen. Hoy día más de un gran burgués ve en la democracia política no ya un reclamo ridículo de un puñado de soñadores e inconformes profesionales, sino un instrumento que la gran empresa puede

emplear para poner un límite a las "arbitrariedades" de un gobierno corrupto, ineficiente y al que no se le puede tener confianza.

Propongo al lector que bajemos un peldaño en la escala social y enfoquemos a la "clase media". Pero antes, una advertencia: este sector es tan heterogéneo que casi cualquier generalización que se haga sobre él siempre tendrá excepciones. Que conste.

Históricamente, de las capas medias han salido siempre el grueso de los políticos mexicanos, los ofi-

ciales y los de la oposición, los que defienden el *statu quo* y los que buscan transformario, ya sea a la izquierda o a la derecha. Hoy la situación sigue igual: las filas de la alta burocracia del Estado y de la dirigencia del PRI están llenas de miembros de la clase media, como también lo están las filas del PAN y la dirigencia del PMS. Sin embargo, hay un punto en que estos elementos de clase media parecen estar de acuerdo, incluidos muchos de los que se ganan la vida trabajando para alguna dependencia gubernamental: la situación actual del país en general, y de los sectores medios en particular, ha empeorado notablemente a partir de 1982 como resultado de las fallas en la dirección política del país. Por tanto, la naturaleza de nuestra vida política debe cambiar, pues ya resulta intolerable, y la democracia es un camino para lograr tal cambio.

★

PARA el grueso de la clase media, la idea del cambio anhelado se centra no tanto en una modificación de fondo de las reglas que hoy gobiernan las relaciones entre las clases sociales —y que están determinadas por la estructura capitalista de nuestro sistema productivo, es decir, por la necesidad de generar plusvalía a costa del trabajador—, sino de las reglas que rigen la relación entre la sociedad y aquellos que la gobiernan.

La clase media considera que el sistema impositivo le extrae directa e indirectamente una gran cantidad de recursos que no los justifica la calidad

de los servicios públicos que recibe. Para empezar, el Estado mexicano actual no puede cumplir decorosamente ni siquiera con las tareas mínimas que le son propias, a las que no puede renunciar: justicia, seguridad pública, educación. Así pues, a la clase media le irrita profundamente la corrupción e ineficiencia de la burocracia a la que se tiene que enfrentar para pedir un permiso de construcción, una reparación telefónica, un servicio médico en el ISSSTE, o una educación decorosa para sus hijos, desde el nivel elemental hasta el universitario. Le irritan, tanto o más que los problemas anteriores, las fallas en la administración de justicia. Es-

tá convencida de que, pese a lo que diga el discurso oficial, en México no se vive en un Estado de Derecho sino de cohecho. La acción del aparato judicial en nuestro país es, desde su punto de vista, casi impredecible, pero tiene la certeza de que, al final de cuentas, triunfará la causa de quien disponga de mayores recursos económicos para comprar la voluntad de aquellos que "imparten justicia".

Ligado a lo anterior, está el problema de la policía y la protección al ciudadano, una de las tareas elementales y centrales para justificar la existencia de cualquier gobierno. El fracaso del régimen posrevolucionario en este campo ha sido total, rotundo e injustificable. La clase media está harta de la ineficacia del aparato policial para dar la protección más elemental al ciudadano; está exasperada ante la ineficacia de la policía en situaciones normales —dirigir el tránsito— lo mismo que en las críticas —un accidente o un robo—. Esta actitud frente a la ineficiencia policiaca sólo es igualada por la desesperación y furia que le causa la corrupción congénita de los cuerpos policiacos. Para la clase media, la policía es parte del problema de la inseguridad en nuestras ciudades, sus elementos pueden ser tan o más peligrosos para un ciudadano que se tope con ellos que los

criminales comunes y corrientes.

En fin, el espacio se agota pero no el tema, pues muchas cosas más podrían decirse en torno al problema de la inflación, la calidad de la vida urbana, de la educación impartida por el Estado y muchos otros campos en donde las clases medias consideran que el gobierno está atentando en contra de sus intereses básicos. A diferencia de los señores empresarios, a la clase media no le importa tanto si el Estado está o no demasiado metido en el aparato productivo, si compete o no con la empresa privada; lo que realmente le molesta es que las tareas básicas del Estado no se hagan mínimamente bien, de acuerdo a derecho y con eficacia.